

12227

55-6

Oct 21/10

2088

L47 - 5914

LA SOMBRA

NOVELA

DE

EL SEÑOR DON

ALFONSO DE SANTIAGO Y SU FAMILIA

DE

LA SOMBRA,

Casimiro Martin

OPERA CÓMICA EN TRES ACTOS,

MÚSICA DE FLOTOW,

TRADUCIDA Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS.



Precio: 8 reales.

MADRID:

*Se vende en el Almacén de música de Casimiro Martin, Editor,
calle del Correo, núm. 4.*

PARIS:

RANDUS Y S. DUFOUR, CALLE DE RICHELIEU, NÚM. 103.

Derechos de reproducción, de traducción y de representación reservados.

REPARTO.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARGARITA.....	SEÑORITAS
LUCIA.....	SEÑORAS
EL DOCTOR.....	SEÑORES
FABRICIO.....	

NOTA. Esta obra es propiedad de su Editor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados tratados internacionales de propiedad literaria y artística.

Don Casimiro Martin, almacenista de música, calle del Correo, número 4, en Madrid, representante y apoderado de los Señores Heugel, Gerard, Brandus y Dufour, Colombier, Escudier, Offenbach, Hervé, etc., etc., es el exclusivamente encargado de tratar con los empresarios de las condiciones del permiso de representación de esta obra, y de todas las que dichos autores y editores han publicado, como también las que mas adelante darán á luz.

ACTO PRIMERO.

Martin

Habitacion rústica que sirve de taller de escultura á Fabricio.—Puerta lateral á la derecha del actor.—Gran ventana en el foro por la que se ve un paisaje agreste y montuoso. Dicha ventana estará guarnecida de flores y enredaderas.—A la izquierda, cerca de la ventana, una puerta.—A la izquierda tambien el dormitorio de Fabricio: mesa con un jarron antiguo.—Muebles de roble tallado y útiles de escultor.

ESCENA I.

LUCIA, luego EL DOCTOR.

LUCÍA.

(Se asoma por la parte exterior de la ventana abierta, se asegura de que la habitacion está desierta, y entra en escena por la puerta del fondo.)

No hay nadie..... Tengo tiempo de colocar mi ramo en este florero. *(Deja en él el ramo que llevará en la mano.)*

EL DOCTOR.

(Entrando por una puerta lateral con otro ramo sin reparar en Lucia.)

Fabricio no está en casa..... Me alegró. Así podré antes que vuelva..... *(Va á colocar su ramo, y repara en Lucia.)* Hola! Parece que alguien se me ha anticipado.

LUCÍA.

(Reparando en el Doctor.) Ah! sois vos, Doctor?

EL DOCTOR.

A qué debo el placer de encontrar en casa del amigo Fabricio á la mas linda viudita de la comarca?

LUCÍA.

Siendo hoy el santo de mi inquilino el señor Fabricio, vengo á felicitarle. Tiene eso algo de particular?

EL DOCTOR.

Al contrario, es lo lógico, lo natural..... y además, un buen mozo como el señor Fabricio debe inspirar interés á una bella viudita como vos.

LUCÍA.

Qué quereis decir? esplicaos.

ACTO PRIMERO.

Música.

EL DOCTOR.

Yo? yo? No sé á la verdad
por qué motivo le tratais con tal bondad;
pero él al fin es vuestro inquilino,
y vos debeis, á lo que yo imagino,
darle pruebas de amistad.

LUCÍA.

Yo no sé, no sé á la verdad
por qué os choca nuestra amistad;
al fin Fabricio es mi inquilino,
y es en mí, segun imagino,
un deber la urbanidad.

EL DOCTOR.

Decís bien; y toda casera
debe obrar de igual manera,
y al inquilino gusto dar.

LUCÍA.

Mi obligacion solo es cuidar
de componerle las baldosas;
si las puertas están premiosas,
al carpintero hacer llamar;
cuidar de que la chimenea
humo no dé, y es natural;
mandar en fin, por lo que sea,
que la portera puntual
cierre la puerta del portal.

EL DOCTOR. (*Con sorna.*)

Y que despues de anochecer
No entre ya ninguna muger;
con lo cual
se evita que el mundo hable ó piense mal.

LUCÍA.

Justo y cabal.

EL DOCTOR.

Con lo cual
se evita que el mundo hable ó piense mal.

LUCÍA. (*Aparte.*)

Este Doctor mas bien debia
ser empleado en policia;

apenas una un paso da,
el muy bribon lo sabe ya;
mas si él es sagaz yo soy lista,
y le haré perder la pista.

Pronto, por Dios,
sabremos bien,
quién de los dos
engaña á quién.

EL DOCTOR.

Si os ofendi fue sin querer, pero en la villa
dicen.....

LUCÍA.

Acabad.

EL DOCTOR.

Sin razon
hay quien de la murmuracion
hace su sola comidilla.

LUCÍA.

En fin, Doctor, acabareis?

EL DOCTOR.

Jurad que no os enfadareis.

LUCÍA.

Hablad, hablad.

EL DOCTOR.

No os quiero dar
con lo que diga algun pesar.

LUCÍA.

Hablad, Doctor, hablad por Dios.

EL DOCTOR.

Lo haré ya que lo mandais vos.

Dicen que el ser viuda
aburriendo os va,
y por un marido
suspirando estais.
Dicen que á Fabricio
le mirais muy bien,
y mas que inquilino
otra cosa es.
Y para acabar,
corre aquí la voz
de que pronto habrá
boda entre los dos.

ACTO PRIMERO.

LUCÍA.

Ah! con que así
se habla ya de mí?

EL DOCTOR.

Pesar no os dé.

LUCÍA.

No por mi fé.
Quien tiene los años
y el rostro que yo,
no es raro que encuentre
quien le haga el amor.
Pero yo en Fabricio
no miré jamás
sino un inquilino
como los demás.
Que á casar me llegue,
no lo negaré;
pero si me caso,
no será con él.

EL DOCTOR.

Os doy en eso la razon;
Fabricio no es una gran proporcion.

LUCÍA.

Este Doctor mas bien debia
ser empleado en policia, etc.

EL DOCTOR.

A la viudita conraria
mi vigilante policia,
y que yo sepa cuanto ya
en su interior pasando está.
Sé que ella es sagaz y lista,
mas no me hará perder la pista.

Pronto, por Dios,
sabremos bien
quién de los dos
engaña á quién.

Hablado.

EL DOCTOR.

Lo cierto es, querida vecina, que ambos hemos venido á felicitar los dias á Fabricio, pero yo, además del ramo que le he traído, pienso regalarle una magnífica carabina, con la cual no doy á un camello á

cinco pasos de distancia, aunque cualquier otro pone una bala donde quiere, á quinientos pasos. Es una arma soberbia! Mata ella sola!

LUCÍA.

(*Con malicia.*) Vos, Doctor, no necesitais esa arma.

EL DOCTOR.

Siempre mordaz!....

LUCÍA.

Si? Pues lo hago sin malicia. El señor Fabricio no se ha quejado nunca de mí!

EL DOCTOR.

Ya lo creo! como le halagáis y le mimáis.... y no es que yo os lo reprenda.... al contrario, Fabricio se lo merece todo, es un joven honrado, mi mejor amigo, y tan gran artista, que talla el roble ó la encina con tal perfeccion, que parece que sus santos de madera os van á echar la bendicion.

LUCÍA.

Por eso yo, sin mas garantía que su aspecto honrado, le alquilé esta casita en las ruinas del antiguo palacio que heredé de mi difunto.

EL DOCTOR.

Pobre Fabricio! Aún me parece verle la tarde que llegó aquí, fatigado, enfermo, y con una carta del prior de los Benedictinos para nuestro anciano cura. Los buenos padres le habian encargado que les tallase un púlpito y un confesonario, y él les hizo dos obras maestras. En breve su reputacion se estendió por toda la comarca. A él es á quien hoy encargan los reclinatorios, las librerías y las imágenes. Cada cual quiere tener su patrono tallado por Fabricio. (*Riendo.*) Va á fabricar todo el almanaque!

LUCÍA.

(*Con entusiasmo.*) Y qué modelo de inquilinos! tan afable! tan bondadoso! tan distinguido como un gran señor!....

EL DOCTOR.

Basta, Lucía, basta. Vais haciéndome creer que las gentes del pueblo han sabido leer en vuestro corazon.

LUCÍA.

Callad, Doctor. Sois un mala lengua.

EL DOCTOR.

Qué queréis? A fuerza de hablar con vos, algo se me ha pegado.

LUCÍA.

Silencio. Aquí está el señor Fabricio. (*Va al espejo y se arregla el tocado.*)

ESCENA II.

DICHOS, FABRICIO.

Música.

FABRICIO.

De hallar aquí tengo el honor
á mi casera y vecina,
y á ti, mi querido Doctor.

EL DOCTOR.

Doctor, si tal, lo soy; pero la medicina
poco le importa á quien, por Belcebú!
tiene salud cual tú.

LUCÍA.

Aquí nadie se muere,
porque jamás llamamos al Doctor.

FABRICIO.

Aprieta!

EL DOCTOR. (*Con ironía.*)

Si morirse alguien quiere,
es por ver si le va mejor.
(*Aparte á Fabricio, señalando á Lucía.*)
En ella es natural
hablar de todo mal.

FABRICIO.

Mas estas flores, estos ramos,
qué hacen aquí?

EL DOCTOR.

No recuerdas que hoy
es San Fabricio?

LUCÍA.

Y os suplicamos,
que en este pobre don
mireis solo la buena intencion.

FABRICIO.

Mil gracias os doy
por el obsequio que me haceis hoy.
No hay un dolor en este mundo
mas cruel que la soledad,
ni hay ni habrá placer mas profundo,
que el placer de la amistad.
Es feliz quien tiene un amigo,

ACTO PRIMERO.

7

y debe dar mil gracias á Dios;
yo doblemente le bendigo,
pues en vez de un amigo
tengo dos.

LUCÍA Y EL DOCTOR.

Para amar á tan buen amigo,
en vez de uno seremos dos.

EL DOCTOR.

Para honrar día tal me ocurre una idea.

FABRICIO.

A ver la idea.....

EL DOCTOR.

Cenar aquí juntos los tres.

FABRICIO.

Pero ese plan.....

LUCÍA.

Muy bueno es;

y para que se vea
realizado, yo iré,
y cuanto falta traeré.

FABRICIO.

Nos falta todo aquí.

LUCÍA.

La mesa ya está aquí.

FABRICIO.

Bien..... y lo demás?

LUCÍA.

De eso me encargo yo.

FABRICIO.

Jamás aceptaré.

EL DOCTOR.

Acepto yo por ti.

Hoy juntos cenaremos, que quieras ó que no.

LUCÍA.

Escuchad la lista
de nuestro festín,
y lo que esta noche
va á cenarse aquí.
Un par de pichones,
y rico salmon.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

Salmon!

ACTO PRIMERO.

LUCÍA.

Suculentas magras
de buen jamon.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

Jamon!

LUCÍA.

Una anguila digna
de servirse á un rey.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

A un rey!

LUCÍA.

Y frutas y queso
de postres tendreis.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

Muy bien!

LUCÍA.

Luego una botella
de un vinillo tal,
que el que bebe un dedo
ya no bebe mas.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

Vaya si el vinillo
nos alegrará!

EL DOCTOR.

Una botella? por qué no tres?....

LUCÍA.

Doctor gloton!

FABRICIO. (A Lucía.)

Cómo pagaros tal interés?

LUCÍA. (Id. á Fabricio.)

Callad por Dios.

EL DOCTOR. (Aparte.)

Qué blandos! qué blandos se ponen los dos!

LUCÍA.

La fiesta que hoy es, ya
muy tarde volverá.

Escuchad la lista
de nuestro festin, etc.

EL DOCTOR Y FABRICIO.

Bien, por vida mía,
vamos á cenar.

Hablado.

EL DOCTOR.

(*Con alegría.*) Convenido! Cenaremos los tres aquí. Y ahora que me acuerdo..... Pedro, el pescador del lago, me envió esta mañana mis honorarios..... Una carpa soberbia! Nos la comeremos.

FABRICIO.

El caso es que desde la muerte de la pobre Juana no he podido todavía encontrar criada. Y eso que he encargado en todo el pueblo que me envíen una, pero ahora quiero una mas joven que la pobre Juana, á fin de no tener que servirme yo mismo.

LUCÍA.

(*Con viveza.*) Pues es inutil, vecino. Ninguna de las doncellas del pais entrará á servir en casa de un joven..... de un soltero..... Aquí todavía hay buenas costumbres.

EL DOCTOR.

Es verdad. Este pueblo es célebre por sus costumbres y por sus quesos.

LUCÍA.

A propósito. Voy á traeros uno para los postres, y yo me encargo de preparar todo lo demás. Hasta luego, señor Fabricio..... y cuidado con pensar en las criaditas jóvenes..... (*Sale por el fondo.*)

ESCENA III.

FABRICIO, EL DOCTOR.

EL DOCTOR.

Qué deliciosa cena vamos á improvisar. Corro á encender el fuego y á preparar la sartén.....

FABRICIO.

(*Riendo.*) Tú?... Un médico!....

EL DOCTOR.

Sí, un médico de una miserable aldea de Saboya, acostumbrado á hacerlo todo por sí mismo, las recetas, las medicinas, y algunas veces hasta la comida de mis enfermos.

FABRICIO.

Pobre Antonio! Viajando dia y noche para que casi siempre te paguen con el agradecimiento.

EL DOCTOR.

Eh! Eh! No siempre. Esa moneda es mas rara que los escudos de seis libras. Pero cuando salvo á un enfermo..... ya estoy contento, y la Tordilla, mi mula, parece tan satisfecha como yo.

FABRICIO.

(*Riendo.*) Ah! sí! Ese pobre animal que montas hace diez años.

EL DOCTOR.

(*Con autoridad.*) No hables mal de ella. Es mi compañera, mi amiga; pone tanto como yo en la curacion de mis enfermos.

Música.

EL DOCTOR.

Cuando yo á la Tordilla
le pongo la silla,
conoce el animal
que va la cosa mal.
Conoce que impaciente
me espera un cliente,
y al verme á mí montar
empieza ella á trotar.
Cuando de la Tordilla
se oye la campanilla,
la gente de la villa,
pagando mi molestia,
al divisarme chilla:
«El médico y su bestia,
»aquí está ya el Doctor,
»¡viva nuestro Doctor!»
Así de mi Tordilla
la gente sencilla
habla mas y mejor
que del mismo Doctor.

Si alguno me despierta
llamando á mi puerta
para hacerme saber
que un niño va á nacer,
mi mula la carrera
emprende ligera,
pues si no llego al fin
no nace el chiquitin;
y es tanto su egoismo,
que porque al tierno infante
bauticen al instante
me rompe á mí el bautismo
al dar un resbalon;
y es porque no es lo mismo

tener abnegacion
que andar con precaucion.

Así de mi Tordilla
la gente sencilla,
habla mas y mejor
que del mismo Doctor.

Hablado.

FABRICIO.

(*A Antonio, riendo.*) Muy bien. Ya estoy convencido de los méritos de la Tordilla, y le devuelvo todo mi aprecio; pero puesto que para nada hago falta, voy á terminar un trabajo urgente, y que me pagarán bien; el busto en madera del señor alcalde.

ANTONIO.

Hazlo de alcornoque, y verás que parecido te sale. Todos sus administrados le reconocerán. (*Sale riendo.*)

ESCENA IV.

FABRICIO, luego MARGARITA.

FABRICIO.

(*Sentándose, y tomando de la mesa el cincel y un medallon empezado.*)

En dónde quedé?... Ah! Empezaba á trazar la nariz del alcalde. Ya es obra larga y poco entretenida. (*Llaman.*) Eh? Quién llama? Vendrán á encargarme algun trabajo!... Entrad.

MARGARITA.

(*Con un envoltorio bajo el brazo, se para timidamente, y dice con voz débil.*) Dispensad, caballero; vive aquí un tallista llamado el Sr. Fabricio?

FABRICIO.

(*Trabajando.*) Yo soy.

MARGARITA.

(*Con los ojos bajos.*) Me han dicho en el pueblo que necesitábais criada.

FABRICIO.

Y venis á pretender? (*Mirándola.*)

MARGARITA.

Si no hubiérais ya tomado otra.

FABRICIO.

No en verdad. (*Con bondad y levantándose.*) Pero al parecer estais muy fatigada.

MARGARITA.

Con efecto. (*Señalando un asiento.*) Y si me permitís.....

FABRICIO.

Tranquilizaos, y no tembleis de ese modo. (*Acercándose á ella.*)

MARGARITA.

(*Mirando á Fabricio y conteniendo un grito de sorpresa.*)

Ah! Dios mio! Es posible? No será un sueño? Dispensadme..... Mi vista se anubla..... Yo desfallezco.....

FABRICIO.

Qué le pasa?.... Se cierran sus ojos..... Va á desmayarse..... Volved en vos, hija mia..... Y Antonio que no está!.... Los médicos no están nunca cuando hacen falta..... Ya se disipa su palidez..... Vamos, reponeos, eso no es nada; un poco de cansancio, de emocion tal vez....

MARGARITA.

(*Con voz débil.*) Ah! sí señor, una emocion muy violenta.

FABRICIO.

Qué ha podido asustaros así?

MARGARITA.

No ha sido susto lo que he experimentado.

FABRICIO.

Pues qué ha sido? (*Sonriendo.*) Yo no tengo aspecto imponente ni terrible. Soy un infeliz artesano.....

MARGARITA.

(*Aparte á sí misma, oyéndole hablar.*) Su voz..... Oh! Dios mio! Su misma voz.....

FABRICIO.

Sois del país?

MARGARITA.

Del otro lado de la montaña, donde los soldados del rey hacen tanto daño á la pobre gente.

FABRICIO.

(*Con tristeza.*) Ah! sí..... de los Cevenes... . Esa horrible guerra contra los protestantes!....

MARGARITA.

Mi pobre madre ha muerto..... han incendiado nuestra casita..... Sola, á pié, he atravesado la montaña para venir á buscar pan y trabajo.

FABRICIO.

Ay, hija mia, poco os puedo ofrecer en mi casa.

MARGARITA.

(*Vivamente.*) No importa, señor, acepto de cualquier modo.

FABRICIO.

Además..... débil y enferma como pareceis.....

MARGARITA.

Oh! no señor..... yo trabajaré..... soy fuerte..... No volverá á sucederme lo que hace poco..... Ha sido un sobrecogimiento, una turbacion involuntaria..... (*Con viva súplica.*) Ah! señor, no me despidais.....

FABRICIO.

(A sí mismo.) Qué extraño acento!*Música.*

MARGARITA.

Por piedad, no me despidais!
 Grande es el dolor de mi alma,
 solo podré encontrar la calma
 si vos asilo me otorgais.
 En vos no mas mi anhelo fundo;
 vuestra bondad me amparará;
 el bien que hagais en el mundo,
 Dios en el cielo os pagará.

Hablado.

FABRICIO.

Quedaos, pues, hija mia, ya que tanto interés manifestais en servirme.

MARGARITA.

Ah! sí!

FABRICIO.

Cómo os llamais?

MARGARITA.

Margarita, señor.

FABRICIO.

Pues bien, Margarita, ya sois de la casa. Desde hoy entráis en el ejercicio de vuestras funciones.

ESCENA V.

DICHOS, LUCIA.

LUCÍA.

(Al paño.) Está bien. Poned el vino á enfriar en la cueva del señor Fabricio, y encended el fuego en la hornilla..... *(A Fabricio.)* Cómo! Aún no está puesta la mesa?

FABRICIO.

Os estábamos aguardando, vecina.

LUCÍA.

Ah! qué hombres! No sirven para nada.

FABRICIO.

A veces sí, vecina, á veces sí. Además, mi nueva sirvienta acaba de llegar.

LUCÍA.

Una sirvienta?

FABRICIO.

(*Señalando á Margarita.*) Héla aquí..... Os parece que tengo mal gusto?

LUCÍA.

Muy malo. (*Examinando á Margarita.*) Tiene unos piés..... y unas manos..... y unos brazos.....

FABRICIO.

Pero me parece que todo eso es muy necesario para su profesion.

LUCÍA.

Ese aire es demasiado distinguido para una criada.

FABRICIO.

Si la hubieran dejado á ella elegir posicion, de seguro hubiera preferido ser duquesa.

LUCÍA.

Buena ganga habeis encontrado! Pero, en fin, conoceis á esa joven?

FABRICIO.

Ni remotamente.

LUCÍA.

Será alguna vagabunda, una aventurera quizás.....

MARGARITA.

(*A Fabricio.*) No lo creais, señor, soy una doncella honrada, apreciada en mi país..... podeis escribir allí é informaros..... Además, todavía vive mi padrino; un médico, un doctor, el doctor Mirouet.

FABRICIO.

(*Con sorpresa.*) Antonio Mirouet, nuestro amigo!

MARGARITA.

Se separó de nosotros al empezar esta horrible guerra para venir á establecerse en la parte de acá de la montaña..... Ah! si yo supiera dónde vive!

FABRICIO.

Vive aquí, hija mia, aquí mismo.

MARGARITA.

Y podré verle?

FABRICIO.

No tendreis que esperar mucho. (*Señalando á Antonio, que entra sin ver á Margarita.*)

ESCENA VI.

DICHOS, EL DOCTOR.

MARGARITA.

(Aparte.) El es!

FABRICIO.

(Al Doctor.) Aquí hay una persona que pretende conocerte, y por cierto que tienes amigas muy lindas. Mirala.

EL DOCTOR.

(Reparando en Margarita y corriendo hacia ella.) Qué veo! Eres tú Margarita? En este país?... Ah! qué feliz soy en volver á verte!

MARGARITA.

(Abrazándole.) Y yo tambien, padrino.

EL DOCTOR.

Y tu pobre madre, á quien yo queria tanto?

MARGARITA.

Ya no tengo madre, padrino mio; estoy sola, sola en el mundo.

EL DOCTOR.

Y has venido á buscarme..... has pensado que yo no te abandonaria..... Has pensado bien.

MARGARITA.

No, padrino, la casualidad solamente me ha traído aquí.

EL DOCTOR.

No importa..... Ya que has venido te conservaré á mi lado.

FABRICIO.

Pero si no tienes lo suficiente para tí mismo.

EL DOCTOR.

Cómo que no tengo?... Tengo treinta y dos enfermos de renta, y con eso ya se vive.

LUCIA.

(Con ironia.) Vos sí..... vivís; pero..... y ellos?

EL DOCTOR.

Ellos! hacen lo que pueden. En fin, no soy rico, es cierto..... *(A Margarita.)* Pues bien, seremos pobres á medias, y asunto concluido.

MARGARITA.

No, padrino, yo vengo á trabajar y á ponerme á servir.

FABRICIO.

Y se queda en mi casa. Ya está cerrado el trato entre tu ahijada y yo.

EL DOCTOR.

Te felicito por ello. (*Señalando á Margarita.*) Es un ángel de bondad y de inocencia.

LUCÍA.

No se trata aquí de ángeles, sino de una criada activa, celosa, trabajadora..... y os lo repito, Sr. Fabricio, esa muchacha no os conviene.

FABRICIO.

Al contrario, me conviene mucho.

LUCÍA.

(*Al Doctor, á quien se lleva aparte.*) Una palabra, Doctor. No encontráis á vuestra ahijada algo joven para servir al Sr. Fabricio?

EL DOCTOR.

(*En el mismo tono.*) Y vos?

LUCÍA.

Oh! yo, demasiado!

EL DOCTOR.

Me lo esperaba; pero tengo confianza en Fabricio..... es un hombre honrado, y tratándose de la ahijada de su mejor amigo..... Además, yo creo que él tiene ya el corazón ocupado.

LUCÍA.

(*Bajando los ojos.*) Ah! vos creéis?....

EL DOCTOR.

Sí.

LUCÍA.

Y de quién sospechais?

EL DOCTOR.

De quién? de quién? (*Con malicia.*) Ya se sabrá con el tiempo. Ahora no debemos pensar mas que en la cena.

LUCÍA.

Decís bien. Yo voy á dar por allá dentro mis disposiciones.

EL DOCTOR.

Y yo á traer mi carpa y á hacerla cocer á fuego lento.

LUCÍA.

(*Saliendo riendo.*) Así es como cocéis á vuestros enfermos.

EL DOCTOR.

(*Saliendo tambien.*) Otra puyita? Esta mujer no es buena; nada, nada, no es buena.

ESCENA VII.

FABRICIO, MARGARITA, luego LUCIA.

FABRICIO.

(*Colocando la mesa en el centro de la escena.*) Hé aquí el campo de batalla! Tomad de esa alhacena lo que haga falta, y ponedlo en la mesa.

MARGARITA.

Voy, señor.

FABRICIO.

(*Mirándola.*) Es encantadora mi criadita! (*Va á acercarse á ella, y se interpone Lucía, que aparece de pronto.*)

LUCÍA.

Me habia olvidado de que en casa de un joven soltero suelen faltar muchas cosas. Aquí os traigo un mantel.

FABRICIO.

(*A Lucía, que vuelve á salir, mirándolos.*) Muchas gracias, vecina.

LUCÍA.

Necesitais alguna otra cosa?

FABRICIO.

Nada, vecina, gracias.

LUCÍA.

(*Cerca ya de la puerta.*) Toda mi casa está á vuestra disposicion.

FABRICIO.

(*Despidiéndola.*) Sois muy amable! (*Volviendo al lado de Margarita.*) Vereis qué bien vamos á estar, desde mañana. Como vuestro cuarto es oscuro podeis ponerlos á hilar aquí.... cerca de esa ventana.... mientras yo en este otro lado fabrico mis monigotes de madera, como los llama Antonio.

MARGARITA.

Descuidad, señor, no haré ruido.

FABRICIO.

Eso es.... poco ruido. (*Con tristeza.*) Así podremos entregarnos los dos á nuestras ilusiones.

LUCÍA.

(*Entrando, desde la puerta.*) Qué arrimaditos están!

FABRICIO.

(*Un poco impaciente al verla.*) Cómo! Otra vez vos!

LUCÍA.

(*Picada.*) Otra vez.

FABRICIO.

No os lo digo en son de reproche, pero os molestais tanto....

LUCÍA.

Al contrario..... tengo sumo gusto..... Aquí traigo vino fresco. (*Dejándolo en la mesa.*) Es escelente! (*Al retirarse.*)

FABRICIO.

(*El mismo juego de la otra salida.*) No lo dudo.

LUCÍA.

Y añejo.....

FABRICIO.

Lo supongo.

LUCÍA.

(*Al salir.*) Lo he escojido para vos, del mejor de mi bodega.

(*Sale, y despues por la parte exterior de la ventana echa una mirada á Fabricio y Margarita.*)

FABRICIO.

En cuanto al salario, hija mía, yo no soy rico.....

MARGARITA.

No me habéis de eso, señor.

FABRICIO.

(*Continuando.*) Pero aún puedo daros algunos escudos, y dos lindos vestidos al año, con los que volveréis locos á vuestros novios.

MARGARITA.

(*Con viva emocion.*) Novios! yo!.... No lo penseis siquiera, señor.

FABRICIO.

(*Tomándole la mano.*) Por qué os turbais, Margarita?

LUCÍA.

(*Entrando.*) Y bien! Está ya puesta la mesa? Cómo, todavía así?... Ya veo que es preciso que yo lo haga todo..... y me quedo para disponerlo.

FABRICIO.

(*Con impaciencia.*) Sí, quedaos de una vez, señora, en vez de estar yendo y viniendo sin cesar. Creo que valdrá más.

LUCÍA.

(*Con intencion.*) Soy de vuestra opinion. (*A Margarita.*) Vamos, mu-chacha, pronto..... el pan, los vasos, los platos, la sal, los cubiertos.

FABRICIO.

Vais á matar á esta pobre niña si seguis mandando así.....

LUCÍA.

En todo caso, no os faltarian criadas.

ESCENA VIII.

FABRICIO, LUCIA, EL DOCTOR y MARGARITA.

EL DOCTOR.

(*Con una fuente en cada mano.*) Ya traigo aquí la cena, y á fè mia que es excelente.

FABRICIO.

(*Al Doctor.*) Pon un cubierto mas, querido Doctor. (*Señalando á Lucia.*) Esta señora permitirá á Margarita que se siente con nosotros á la mesa?

MARGARITA.

Yo..... señor!

LUCÍA.

(A *Fabricio*.) Estais en vuestra casa, señor Fabricio.

FABRICIO.

No tal, señora Lucía, soy vuestro inquilino, y si eso os desagrada.....

LUCÍA.

De ninguna manera.

FABRICIO.

(*Designándola un asiento*.) Colocaos ahí, Margarita, al lado de vuestro padrino.

EL DOCTOR.

Ven, siéntate..... Soberbio! (*Señalando á Fabricio y Margarita*.) Dos (*señalando á Lucia y á él*) para dos.

LUCÍA.

(*Indignada*.) Cómo dos para dos!

EL DOCTOR.

(*Can malicia. Bajo á Lucia*.) Os gustaria mas ser una (*señalándola á ella*) para uno? (*Señalando á Fabricio*.)

LUCÍA.

(*Riendo*.) Gracias á Dios que una vez al menos habeis adivinado la verdad.

Música.

FABRICIO Y EL DOCTOR.

La mesa está dispuesta,
y comenzar puede la fiesta.

EL DOCTOR, LUCÍA Y MARGARITA.

Que el gozo inunde el corazon.
A la salud del anfitrión.
La noche va tendiendo el velo,
la sombra cubre tierra y cielo,
no se oye ya ningún rumor.....
Es la hora del amor!

FABRICIO.

El buen pastor con su ganado,

LUCÍA.

Va hácia su hogar cruzando el prado,

MARGARITA.

Y al recibirle con afán

EL DOCTOR.

Sus pequeñuelos piden pan.

LOS CUATRO.

La noche va tendiendo el velo, etc.

ACTO PRIMERO.

LUCÍA.

Saca por fin la amante esposa
 la colacion apetitosa,
 y en grato placer empiezan á cenar
 al amor del calor que exhala el hogar.
 Ya el apetito satisfecho
 cada cual va en busca del lecho,
 y en el sueño reparador
 cobran pronto nuevo vigor.
 Y al amanecer otro dia
 el ruiñeñor con alegría
 se mece allí
 cantando así.
 Ah!

LOS CUATRO.

La noche va tendiendo el velo, etc.

FABRICIO.

A mi entender es ya la hora
 de que principio den los brindís de rigor.

EL DOCTOR.

Fabricio dice bien: no hay ocasion mejor;
 yo brindaré por vos, bella señora,
 brindemos pues por vuestro amor.

LUCÍA.

No tengo amor.

EL DOCTOR.

Si hoy no, vereis
 cómo muy pronto lo tendreis.

FABRICIO.

Tambien, Lucía encantadora,
 brindo yo ahora
 por vuestro amor.

EL DOCTOR. (*Haciendo saltar el tapon de una botella.*)

Una, dos, tres, pum! pedazos hecho
 el tapon saltó hasta el techo;
 salta tambien el champañ ya,
 que en la botella hirviendo está.
 Tin, tin, tin, tin, tin, tin, tin, tin.
 Viva el placer, muera el esplin.

LUCÍA. (*A Margarita.*)

Y bien! Qué razon hay, cuál, di,
 para qué tu no brindes aquí?
 Qué motivo hay, di?

MARGARITA.

El temor de ofenderos fué.

FABRICIO.

Nada temas, hija mía; yo por mí
en que brindes aquí

mucho gusto tendré.

Una, dos, tres, pum! pedazos hecho
el tapon saltó hasta el techo, etc.

Hablado.

EL DOCTOR.

Y ahora, amigos míos, os abandono. Tengo todavía que hacer tres excursiones, para ver á dos gotosos y un paralítico..... y el vino de la bella viuda se me ha subido á predicar.

LUCÍA.

Cuidado con equivocar los enfermos, Doctor.

EL DOCTOR.

(*Saliendo.*) Adios, Margarita. Yo espero que tu amo y tú os entenderéis perfectamente.

LUCÍA.

(*Aparte.*) Yo me temo que se entiendan demasiado bien, pero velaré por la virtud de mi inquilino. (*Alto.*) Adios, señor Fabricio.

ESCENA IX.

FABRICIO y MARGARITA.

FABRICIO.

Ya se fueron..... Me alegro, no por el Doctor, el único amigo que tengo en este mundo, sino por nuestra joven viuda. Dos ó tres veces ha hecho llorar á la pobre Margarita. (*Al volverse vé á Margarita, que ha tomado el frutero para quitar la mesa, y se ha detenido con los ojos fijos en él.*) Qué haceis ahí?

MARGARITA.

(*Volviendo en si, muy turbada.*) Estoy quitando la mesa, señor Fabricio.

FABRICIO.

(*Aparte.*) Qué ojos tiene tan encantadores! Pero por qué me mirará con tanta insistencia?

MARGARITA.

(*Haciendo inútiles esfuerzos para levantar la mesa.*) Dispensad, señor..... esta mesa.....

ACTO PRIMERO.

FABRICIO.

Es demasiado pesada para vos?... No me habia ocurrido. (*La lleva solo á un extremo de la habitacion.*) Qué teneis, Margarita? Por qué veo esa tristeza y esas lágrimas en vuestros ojos?

MARGARITA.

No tengo nada, señor, nada..... os lo juro.

FABRICIO.

(*Con bondad.*) Te han asustado, te han intimidado, te han inspirado miedo hácia mí?

MARGARITA.

Miedo á vos, que teneis un aire tan bueno, tan dulce!....

FABRICIO.

No soy malo ni exigente, Margarita..... A veces estoy distraído, preocupado..... pero seré un buen amo para ti, y cuando la tristeza se apodere de mi alma, tú me consolarás, tú me alegrarás con la luz de tus ojos.

Música.

FABRICIO.

Tu sonrisa disipará
la tristeza del alma mía,
como al brillar la luz del día,
la negra sombra huyendo vá.

MARGARITA.

Señor, no hay en mí mas que duelo.

FABRICIO.

Tienes pues un pesar?

MARGARITA.

Hija soy del dolor.

FABRICIO.

A tu afán yo daré consuelo.
tu afición calmaré.

MARGARITA.

(*Con dolor.*) No es posible, señor.

FABRICIO.

Quizás de tu dolor es amor el orijen,
ausente acaso tu bien está?

MARGARITA.

La muerte hará cesar las penas que me aflijen.

FABRICIO.

En tu edad al dolor tregua el tiempo dará,
y si quieres partir..... regresar á tu aldea.....

MARGARITA.

No, no alimento tal idea!
Una ilusion milagrosa, ay de mí!
Ofusca mi razon, y me retiene aquí.

FABRICIO. (*Trayendo á Margarita.*)

Ah! por qué, pobre niña mia,
ya tu frente nubla el dolor,
cuando ser tu vida debia
toda placer y amor!
Calma tu afan, yo estoy contigo;
por algo Dios te trajo aquí:
si necesitas un amigo,
yo voy á serlo para ti.
Fia en mí.

MARGARITA. (*Escuchando á Fabricio ha ido dejando caer su cabeza sobre el hombro de aquel, fascinada por su voz.*)

Ah! proseguid hablando así.
Mi alma el júbilo estremece,
vuestra dulce voz me enloquece,
nunca tal placer concebí.

FABRICIO. (*Mirando á Margarita á quien sostiene en sus brazos.*)

Qué escuché?... Margarita mia,
me engañará la fantasía?

MARGARITA. (*Hablando como en éxtasis.*)

Hablad, hablad; cuando me hablais
con vuestra voz mi sér arrebatáis.

FABRICIO. (*Con pasion.*)

Piedad de mí, Margarita adorada,
el fulgor de tu mirada
quema mi corazon,
trastorna mi razon. (*La estrecha entre sus brazos é imprime un beso en su frente.*)

MARGARITA.

Oh! feliz ilusion! (*Arrancándose de los brazos de Fabricio.*)
Piedad! yo estaba loca! Al posar vuestro labio
sobre mi casta frente, me habeis hecho un agravio.

De una débil mujer
ofendeis el dolor,
pero tal proceder
debe daros rubor.

(*Aparte.*) Mi deber cumpliré,
 hoy de aquí partiré;
 voy en pos de la calma,
 pero toda mi alma
 al marchar, ay de mí!
 me dejo, ay Dios! aquí.

FABRICIO.

Tu amor es mi fé,
 piedad concédeme.
 Robaste á mi alma
 su tranquila calma.....
 Si te vas de aquí
 que será de mí?
 Piedad, mi bien, piedad. Si tu beldad divina
 trastornó mi razon.....
 perdon! perdon!
 Hasta osé imaginar
 que me pudieras amar.

MARGARITA.

Yo?... Amar yo?... Amar otra vez mas?...
 jamás! jamás!

LOS DOS.

Hoy de aquí partiré, etc.

FABRICIO.

Tu amor es mi fé, etc.
 En tu aposento, tranquila,
 lo juro por mi honor y por mi fé,
 puedes entrar, y en calma reposar;
 desde hoy solo un hermano para ti seré.

(*Margarita entra con los ojos bajos en el aposento al que la conduce Fabricio.*)

Hablado.

(*La música continua pianisimo hasta el final.*)

FABRICIO.

Qué pasa aquí? Qué extraño misterio es este? Por qué los ojos de esa niña estaban fijos continuamente sobre los míos? De qué proviene su declaracion? Su inquietud?... y aquella súbita indignacion, cuando, atraído hácia ella, osé estrecharla entre mis brazos? (*Se sienta.*) Mañana la hablaré..... trataré de inspirarla confianza y descubrir su secreto..... El sueño se apodera de mí..... Quisiera desechar esta emocion..... Mis ojos se cierran, el aire es pesado, y la tempestad se cierne en la atmósfera.....

(*Soñoliento repite la romanza que cantó Margarita.*)

(Fabricio se duerme, y la orquesta sola continua la romanza. La tempestad se aproxima. El trueno retumba cada vez con mas fuerza. De repente se oye un grito hácia el lado donde está el cuarto de Margarita, Fabricio se despierta. La música continua pianisimo hasta el final del acto.)

Qué he oido?... Ese grito de dolor me pareció salir de la habitacion de Margarita..... No..... ha sido mas lejos..... Pobre niña! Qué peligro la amenaza? Ah! Corro allá! *(Deteniéndose.)* Pero yo no debo franquear la puerta de esa habitacion..... Qué importa? No puedo resistir á mi inquietud, á mi terror.....

(Se lanza á la habitacion de Margarita en el momento en que Lucia aparece en la ventana baja del fondo.)

LUCÍA.

(Indignada.) Qué veo! Fabricio entrando de noche en la habitacion de Margarita!

(Hace un ademan de indignacion. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un jardín en medio de las ruinas de un antiguo palacio.—A la derecha del actor unos cuantos escalones, por los que se sube á un Oratorio desmantelado.—Un trozo de roca cubierta de musgo, y tras la cual pueda ocultarse completamente una persona.

ESCENA I.

LUCIA. (*Entrando.*)

Música.

LUCIA.

Ah! qué cinismo, qué afrenta!
Nunca en Fabricio creí tal.
En el cuarto de su sirvienta
atreverse á penetrar!
Necia de mí que tantas veces
en mi interior me he dicho así:
un hombre tal como Fabricio
hace á cualquier mujer feliz.
Yo, que cansada de ser viuda
por un marido suspiré,
buena fortuna me esperaba
con un hombre de tal jaez.
Mal está la que sin amor,
joven y viuda la vida pasa,
mas la que á disgusto se casa
está luego mucho peor;
y sin embargo,
es muy amargo
el no tener con quien hablar.
En fin, en fin
no hay mas remedio que apenar.

Y lo peor que nos sucede
es que ve á un hombre una mujer,

y aunque le guste, no le puede decir:—Me está gustando usted. Yo que, cansada de ser viuda, por un marido suspiré, no tengo mas que conformarme y tomar el que Dios me dé. Si tal, si tal, por fuerza me conformaré.

Amor es un sueño
faláz y halagüeño,
pero cuánto es profundo
del alma el pesar
al despertar!

Todos los amantes
son unos bribones
que para engañarnos
nos finjen amores;
ojalá no hubiera
en el mundo hombres.

Y no sé qué tienen,
pero la verdad
es que no podemos
sin ellos pasar.

Ah! Ah!

Amor es un sueño, etc.

ESCENA II.

Hablado.

LUCIA y EL DOCTOR. (*En traje de calle y con el látigo en la mano.*)

EL DOCTOR.

Buenos dias, vecina. Os habeis levantado hoy tan temprano como la aurora y tan fresca como ella.

LUCIA.

(*Con un tono agri-dulce.*) Gracias por el cumplido, señor Doctor.

EL DOCTOR.

Venís á dar una vuelta, en calidad de propietaria, por este jardín cuyo usufructo tiene tambien vuestro inquilino el señor Fabricio? (*Mirando en derredor suyo.*) Qué hermosas ruinas, y cuánto dinero han producido, merced á la industria de vuestro esposo, un pobre hombre que compró el palacio de su amo para demolerlo y vender los materiales..... Vuestro esposo tenia un gran talento, el talento del demoledor.

LUCÍA.

No todo el que quiere tener talento lo tiene, Doctor.

EL DOCTOR.

Ya lo creo! Y menos un talento que enriquezca.

LUCÍA.

Mi marido hizo su fortuna honradamente.

EL DOCTOR.

(*Malignamente.*) No diré yo lo contrario. En fin, lo cierto es que el difunto fué un infatigable demoledor.

LUCÍA.

Al menos aquel no destruía mas que las casas.

EL DOCTOR.

Y yo destruyo á los habitantes, no es eso? Otra puyita contra el pobre médico. Creedme, vecina, os deseo una enfermedad grave.

LUCÍA.

Muchas gracias.

EL DOCTOR.

Para tener el gusto de curaros....., y conquistar vuestro aprecio.

LUCÍA.

Mal camino elejís, Doctor.

EL DOCTOR.

Bah! Por todas partes se va á Roma; y á propósito de Roma, olvidáis que hoy es domingo y que ya han tocado á misa? En estos tiempos de guerra entre protestantes y católicos no conviene que lo crean á uno de los primeros.

LUCÍA.

No lo soy, Doctor. Mis principios son bien conocidos, y no sería yo quien hubiera traído á la casa de un joven prudente y honesto una criada como la del señor Fabricio.

EL DOCTOR.

Tranquilizaos. Margarita es una muchacha honrada, que no piensa en Fabricio, y además yo le diré que vos le amais, que le adorais, y que pensais casaros con él.

LUCÍA.

Guardaos bien de decir semejante cosa. Yo no adoro á nadie, lo entendéis? No pienso casarme, y aun cuando así no fuere, jamás me casaría con el galán de todas las mujeres y el amante de una criada.

EL DOCTOR.

Qué desatino! Aludís á Fabricio?

LUCÍA.

Yo sé lo que me digo, sé lo que he visto, y no tengo necesidad de daros mas esplicaciones. Hasta la vista, Doctor; voy á rezar por vos, y á encomendaros á Dios, que bien lo necesitais.

ESCENA III.

EL DOCTOR.

Pero qué dice esta bendita mujer? Se habrá verdaderamente enamorado Fabricio de mi ahijada? Diablo! Y yo, que he pasado la noche pensando en Margarita y formando planes de..... Y por qué no? Su padre ejercia casi mi misma profesion. El era veterinario y yo soy médico. No hay mas diferencia entre ambos que la especie de los enfermos. Qué agradable sería para mí, al volver por la noche á mi casa despues de haber andado corriendo todo el dia, encontrar allí..... junto al hogar, una cena muy apetitosa, y un par de ojos mas apetitosos aún que la cena!

Música.

EL DOCTOR.

Una esposa dulce y sencilla
 es del hogar el bien mayor;
 es la luz que radiante brilla,
 es la flor que no agosta el sol.
 Verdad es tambien que hay señora
 que el dogal de su esposo es,
 y le da cada cuarto de hora
 dos desazones y hasta tres.
 Pero yo, que no soy tan malo,
 si es caprichosa mi mujer,
 con la razon..... y con un palo
 sus caprichos curaré.
 Sí, por mi fé
 yo se los curaré.

Hablado.

Y además, un médico casado siempre inspira mas confianza á los clientes. Pero si Lucia tuviese razon! Si Fabricio fuese mi rival! La verdad es que él es mas joven que yo..... y mas buen mozo..... y mas guapo..... y qué diablos! al fin es mi mejor amigo! Decididamente me quedo soltero..... y padrino..... Aqui viene Fabricio. Voy á darle un lancetazo en el corazon, y veremos lo que sale.

ESCENA IV.

EL DOCTOR y FABRICIO.

FABRICIO.

(*A el Doctor, entrando.*) Gracias á Dios que te encuentro. Dime, Doctor, la has visto, la has hablado esta mañana?

EL DOCTOR.

A quién, á Lucía?

FABRICIO.

No, á esa se la encuentra siempre hasta donde no se la busca.

EL DOCTOR.

Pero qué tienes? Estás pálido.... conmovido.....

FABRICIO.

Yo?.... te engañas.

EL DOCTOR.

(*Que le ha tomado la mano y examinándole el pulso.*) Caracoles! Ochenta pulsaciones por minuto!

FABRICIO.

Pues bien, sí, estoy inquieto. Busco á Margarita, mi nueva criada, que ayer noche estaba enferma, y que me inspira un interés.....

EL DOCTOR.

Diablo!.... acaso?....

FABRICIO.

Qué?

EL DOCTOR.

La amarías? (*Aparte.*) Paf! Ya le di el lancetazo.

FABRICIO.

Querido Doctor, un hombre honrado no debe amar á una joven mas que cuando puede darle su mano.... y yo no me casaré nunca.

EL DOCTOR.

Por qué?

FABRICIO.

Ese es el único secreto que tengo para ti.

EL DOCTOR.

Es decir, que no piensas en Margarita?

FABRICIO.

Te lo juro.

EL DOCTOR.

Gracias á Dios! Qué peso me has quitado de encima!

FABRICIO.

Cómo! Acaso tú mismo?

EL DOCTOR.

Ya hablaremos de eso mas despacio. Pero en este momento me aguarda ensillada la Tordilla. Tengo que ir á visitar á ese viejo inválido, que lleva hace diez años una bala dentro del cuerpo, y viene todas las primaveras á consultarme. Y á propósito, quisiera pedirte un obsequio..... unos cuantos escudos para ese pobre diablo.

FABRICIO.

(*Riendo.*) Cómo? Eres tú el que pagas á tus enfermos?

EL DOCTOR.

(*Riendo.*) Qué he de hacer si ellos no me pagan á mí?.... Pero quién viene?

FABRICIO.

Es Margarita!....

EL DOCTOR.

Y llorando!....

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA. (*Llorando y con un libro de misa en la mano.*)

EL DOCTOR.

Qué te pasa, hija mia?

MARGARITA.

(*Llorando.*) Me han echado de la iglesia, padrino; me han dicho que no era digna de rezar con ellos.

EL DOCTOR.

Y por qué?

MARGARITA.

Pretenden que apenas llegada aquí..... he causado un gran escándalo.

FABRICIO.

Pobre niña!

MARGARITA.

Que me han visto esta noche á orilla del torrente, y que mi amo estaba á mis pies, y me llevó despues en sus brazos á su casa.

EL DOCTOR.

(*Con energia.*) Quién dice eso?

MARGARITA.

Todo el pueblo, padrino.

FABRICIO.

(*Aparte.*) Todo el pueblo!

EL DOCTOR.

Qué significa?.... Espera..... diviso una persona que sin duda va á esplicarnos este misterio.

ESCENA VI.

DICHOS, LUCÍA.

Música.

EL DOCTOR.

Oid, oid, vecina:
por todo el pueblo vá
corriendo una voz yá
que alguno propaló con intencion dañina,
y ofende á una mujer.

LUCÍA.

Yo sé lo que pasó.

EL DOCTOR.

A ver, á ver.....

LUCÍA.

Bien pública es la historia.

EL DOCTOR.

Cuál? la que á Margarita la gente achaca aquí?

LUCÍA.

La que yo me sé de memoria
de la cual doy fé, pues la ví.

FABRICIO.

Oid, y os diré yo
la verdad de lo que pasó.

Raconto.

Anoche en velacion trabajando me hallaba.
Creí que Margarita tranquila reposaba;
mas de repente un grito agudo se oyó,
y de la noche el silencio turbó;
grito terrible, triste lamento
que de la habitacion de Margarita partió.

Por un momento

absorto quedé yo.

Corri luego hácia aquel aposento.

Una puerta,

la cual salida al campo dá,

estaba abierta.....

Oh! Dios! que es lo que ví allá?

Lejos á Margarita ví

correr velóz, y así

llegar á un precipicio,
cuya profundidad
cubria de la noche la oscuridad.
Margarita al abismo llegó
pero tarde el peligro advirtió.

EL DOCTOR.

Ah! desgraciada!

FABRICIO.

Sobre el borde inclinada,
de una rama que halló, fuertemente agarrada,
desfallecía ya, resbalaba su pie,
se iba en el fondo á hundir.... cuando yo la salvé.

EL DOCTOR.

Fabricio, amigo mio!

FABRICIO.

Sin vida

creí que estaba ya.
De pánico terror sobrecogida,
sorda á mi voz y pálida la faz,
en brazos la tomé,
y así desvanecida
á casa la llevé,
calmando su emocion y su inquietud
con mi solicitud.

EL DOCTOR.

Jamás pagaré tal accion.

FABRICIO. (A *Margarita*.)

Desde hoy podrás alzar tu frente,
Margarita; cese tu afliccion:
quien te injurió tan villanamente
es sobre quien caerá el baldon.

LUCIA. (A *Margarita*.)

No temas ya que tu dolor aumente.
Todos sabrán aquí, pobre inocente,
cuán cruel contigo fui.
Perdon para mí!

EL DOCTOR. (A *Lucia*.)

Bien. muy bien, perfectamente.

MARGARITA. (A *Lucia*.)

Ninguno creerá ya
lo que digais de mí.
Mi honor perdido está;
debo partir de aquí.

ACTO SEGUNDO.

EL DOCTOR.

Tú partir?

No por Dios, no lo harás.

Yo tengo, Margarita,
un medio de probar
que tú eres la muchacha mas bonita,
mas buena y mas honrada del lugar.

MARGARITA. (*Con alegría.*)

Será verdad?

Hablad, hablad.

EL DOCTOR.

Yo sé que hay un hombre
que enamorado está de ti,
y en darte de esposa el nombre
tendrá un placer, si tú le das el si.

De tu brazo por la aldea
orgullosa irá con tu amor,
y quién habrá que entonces crea
en tu ignominia y deshonor?

MARGARITA.

No obtendré tal favor.

EL DOCTOR.

Y si el que te adora
está quizá donde yo estoy?

FABRICIO.

Es él! (*Por el Doctor.*)

LUCÍA.

Es él! (*Id.*)

MARGARITA.

Sois vos?

EL DOCTOR.

Yo soy.

Pues lo sabes ahora,
qué respuesta me das?

MARGARITA.

Dispensad..... la emocion.....
no sé qué contestar.

EL DOCTOR.

Basta; te comprendí, no hay mas que hablar.
Ah! qué placer, qué hermosa fiesta,
qué gran boda pronto habrá!
Con un violin por toda orquesta
se cantará y se bailará.

LUCÍA.

Dios al fin propicio
 dá á su afan reposo,
 y al par en su esposo
 ventura y amor.
 Tan dichoso enlace
 al placer invita;
 viva Margarita
 y viva el Doctor.

MARGARITA.

Dios al fin propicio
 dá á mi afan reposo,
 y al par un esposo
 que ampare mi honor.
 Pero en vez de calma
 dá pesar mayor
 entregarle el alma
 sin tenerle amor.

EL DOCTOR.

Dios al fin propicio
 dá á su afan reposo,
 y al par en su esposo
 ventura y amor.
 Tan dichoso enlace
 al placer invita;
 viva Margarita
 y viva el Doctor.

FABRICIO.

Dios al fin propicio
 dá á su afan reposo,
 y al par un esposo
 que ampare su honor.
 Tan dichoso enlace
 al placer invita;
 viva Margarita
 y viva el Doctor.

FABRICIO.

No mas dolor, no mas pesar,
 hoy lució por fin tu inocencia;
 la bondad de la Providencia
 bendecir debemos al par.

EL DOCTOR.

Desde hoy á todos mis clientes
 curaré de cualquier dolor
 con los polvos emolientes
 del placer que nos da *Perfecto amor*.

Ah! qué placer, etc.

LOS CUATRO.

Dios al fin propicio, etc.

Hablado.

EL DOCTOR.

(*Hablando durante el ritornelo.*) Espérame, Margarita, espérame aquí. El placer no debe hacernos olvidar el deber. Allá abajo hay un pobre diablo que sufre, y tengo que prestarle el auxilio de la ciencia. Poco tiempo puedo tardar en trasponer la montaña con mi Tordilla. Su campanilla os anunciará mi regreso, y la curacion de mi enfermo.

FABRICIO.

A propósito; voy á buscar lo que me has pedido para él.

EL DOCTOR.

Escelente Fabricio! Siempre tiene el corazon en una mano y la otra en el bolsillo para socorrer á los desgraciados.

(*Salen ambos.*)

ESCENA VII.

MARGARITA y LUCIA.

LUCÍA.

Margarita, me guardais todavía rencor?

MARGARITA.

Comprendo vuestro error, señora, y os perdono, á pesar de que me habeis hecho mucho mal.

LUCÍA.

Pobre niña! Calumniada de ese modo! Y por mí!... (*Bajando los ojos.*) Pero qué quieres, Margarita, estaba celosa!

MARGARITA.

(*Con sorpresa.*) Celosa!

LUCÍA.

Celosa de tí! Porque dirigias á Fabricio miradas tan estrañas!... tan apasionadas!...

MARGARITA.

(*Como á pesar suyo.*) Ah! no me culpeis.... lo hice á mi pesar..... me turbaba su vista, y causaba á la vez mi felicidad y mi desesperacion.

LUCÍA.

Luego entonces..... le amas?

MARGARITA.

Oh, no!.... á él no! á otro.

LUCÍA.

(*Estupefacta.*) A otro! Confesion mas singular!...

MARGARITA.

Ah! sí..... Pero si supiérais.... si me atreviese á deciros....

LUCÍA.

(*Haciéndola sentarse.*) Ea! Ten confianza en mí; ven, siéntate aquí; cuéntamelo todo.

MARGARITA.

Yo soy hija de un colono del Conde de Rollecourt.... Habitábamos á tres leguas de aquí, al otro lado de la montaña. El anciano Conde y su esposa murieron sin dejar mas que un hijo, joven y brillante oficial de los ejércitos del rey. Todos los dias, sin que nuestro joven señor me apercibiese, le veia atravesar sus vastos dominios, montar sus fogosos

caballos, que él mismo domaba, y repartir limosnas entre los desgraciados que acudían á él. Esto, que al principio solo fué en mí curiosidad, llegó luego á inspirarme un profundo interés. Pero un dia no sé quién dijo delante de mí que la compañía que mandaba el joven Conde de Rollecourt iba á abandonar el pais, y que él partía con ella. Al oír esto sentí un dolor tan violento, que lo comprendí todo..... Le amaba!...

LUCÍA.

Y el Conde?

MARGARITA.

El Conde nunca ha llegado á saberlo, y ni aun siquiera me ha reparado entre los diversos servidores de su casa. Pero yo, señora, no vivía mas que por él..... por él solamente! Estaba loca!

LUCÍA.

Y le amas todavía?

MARGARITA.

(*Con dolor.*) Yo no amo ya, señora; no amaré nunca..... Ha muerto!

LUCÍA.

Ha muerto el conde de Rollecourt?

MARGARITA.

Sí, víctima de su noble corazón, de su generoso valor. (*Fabricio aparece en el fondo, pasa al medio de las ruinas, y escucha.*) Una pobre casita situada en sus dominios, albergaba toda una familia de calvinistas. Aquella casa fué incendiada por los soldados del mismo regimiento, en el cual el Conde servía como oficial. Su coronel, obedeciendo á una severa consigna, no refrenaba á sus soldados. Todos los calvinistas iban á ser asesinados. De repente el Conde se precipita en medio del incendio, se abalanza á su coronel, lo desarma, y consigue salvar á aquella familia, arrancando sus víctimas de las manos de la soldadesca ébria.

LUCÍA.

(*Con vivo interés.*) Proseguid.

MARGARITA.

Ocho dias despues, nuestro joven señor fué llevado ante un consejo de guerra, acusado de ultraje á su superior, condenado á muerte (*con amargo dolor*), y fusilado ante mis ojos. (*Oculto el rostro entre sus manos, y solloza.*)

LUCÍA.

Pobre joven! Pobre Margarita! Pero qué hay de comun entre esa historia y tu nuevo amo?

MARGARITA.

Hay, señora, una coincidencia que confunde mi razon (*Fabricio reaparece y redobla su atencion*), que me hace creer que estoy loca. El señor Fabricio tiene todas las facciones del conde, sus ojos, sus ademanes, hasta el sonido de su voz. Al verle por primera vez me sobrecogí de tal modo, me quedé tan asombrada de la semejanza, que estuve pró-

xima á desmayarme. Desde entonces no podia desviar de su rostro mi mirada. Esa aparicion me turbaba hasta tal punto, que quise huir..... y sustraerme al suplicio de ver continuamente la imagen, nada mas que la imagen, de aquel á quien tanto amé..... y que ya no existe!

LUCÍA.

Pobre niña! Comprendo cuánto sufres! (*Volviéndose y viendo á Fabricio acercarse.*) Silencio! No estamos solas.

MARGARITA.

(*Dando un grito.*) Señor!.... Estábais ahí?

ESCENA VIII.

DICHOS, FABRICIO.

FABRICIO.

(*Conteniendo una viva emocion.*) Sí, Margarita.

LUCÍA.

Os parece bien, caballero, escucharnos así?

FABRICIO.

He obrado mal, lo sé, y pido perdon á Margarita; pero mi interés por ella dominaba mi curiosidad.

MARGARITA.

Ah! Señor Fabricio, qué vais á pensar de mí?

FABRICIO.

(*Conteniendo su turbacion.*) Que eres un ángel de candor y de inocencia; y me alegro de haber sorprendido tu secreto, puesto que él me ha revelado tus emociones, de las que no podia darme cuenta. En cuanto á lo que tanto te admira, ya conocia yo esa semejanza, ese extraño capricho de la naturaleza, que ha dado á un pobre artesano las facciones de un noble señor. Una vez, atravesando la villa de Rollecourt, los vasallos del conde espermentaron al verme una viva sorpresa. Así fué como supe su dolorosa historia.

LUCÍA.

En efecto..... eso sucede á veces. Sin ir mas lejos..... aquí mismo, en nuestra villa, el maestro de escuela y el alcalde tienen las mismas facciones, la misma figura. Es tan feo el uno como el otro..... Pero ahora, Margarita, en quien debes pensar es en el Doctor. Un marido hace olvidar sus sueños á las muchachas. (*Aparte al salir.*) Hay que apresurar la boda. Esa semejanza es muy peligrosa. (*Alto.*) Hasta luego, señor Fabricio.

ESCENA IX.

FABRICIO *y* MARGARITA.*Música.*

FABRICIO.

Por qué mirándola tan bella
siento latir mi corazón?
Por qué si me mira ella
surge en mi alma la ilusión
de la pasión?

MARGARITA.

Si permitís, yo me ausento.

FABRICIO.

Por qué tan pronto me dejais?

MARGARITA.

Dispensad.

FABRICIO.

Ah! tal vez ocuparos querais
de vuestro próximo casamiento.

MARGARITA.

No puedo estar aquí
después de lo que han dicho de mí.

FABRICIO.

Ah! por qué no
tengo yo de vuestro amante
más que el semblante,
y no soy él en realidad?

MARGARITA.

Ay de mí! que es mi amor ilusión nada más.
Mi amor no existe ya.
En el cielo está.

MARGARITA.

Fantasma halagüeño,
dulcísimo ensueño,
que eres de mi alma
la sola ilusión,
muéstrame el semblante
de mi tierno amante,
del único dueño
de mi corazón.

FABRICIO.

Fantasma halagüeño,
dulcísimo ensueño,
que eres de su alma
la sola ilusión,
muéstrale el semblante
de su tierno amante,
del único dueño
de su corazón.

ACTO SEGUNDO.

FABRICIO.

(Aparte.) Qué sensacion ¡oh Dios! me estremece y me agita?

Margarita!

Jamás muger tan bella vi!

Jamás tal emocion sentí!

La dicha profunda
hoy mi sér inunda.A tu amante fè
galardon daré.Si pude discreto
callar mi secreto,
hoy mi lábio ya
lo revelará.

MARGARITA.

Es el eco grato
de su dulce acento;
en el alma siento
resonar su voz.

MARGARITA.

Quimera adorada,
halagüeño error,
aparente dicha
de mi corazon,
nunca me abandones
si eres ilusion.

FABRICIO.

La dulce esperanza
que acaricio yo,
causa el sufrimiento
de su corazon.

FABRICIO.

Ya no resisto mas á su dolor secreto.
Niña gentil, escucha una revelacion.*(Se oye ruido de campanillas.)*Mas qué oigo?... La campanilla
de la mula del Doctor.

MARGARITA.

Si tal, es el Doctor, que alegre vuelve ya.

FABRICIO.

A mi mejor amigo no engañaré jamás.
Resuelto estoy..... Tu casamiento
muy en breve se hará.

MARGARITA.

En vano resignarme intento.

FABRICIO.

Uniros al Doctor os ordena el deber.
El mismo á quien amais por mi lábio os lo ruega.

MARGARITA.

Ah! qué decís?

FABRICIO.

Con obediencia ciega
á salvo vuestro honor podeis así poner.

MARGARITA.

Es el eco grato
de su dulce acento.
En el alma siento
resonar su voz.

FABRICIO.

Ya dicha fecunda
hoy su sér inunda....
y á su amante fé
premio no daré!

FABRICIO.

La dulce esperanza
que acaricio yo
causa el sufrimiento
de su corazon.

MARGARITA.

Quimera adorada,
halagüeño error,
aparente dicha
de mi corazon,
nunca me abandones
si eres ilusion.

ESCENA X.

FABRICIO y el DOCTOR.

Hablado.

EL DOCTOR.

(*Fuera.*) Eh! Eh! Alto, Tordilla, alto. (*Apareciendo en la puerta y hablando como con alguno que no entra.*) Juanito, échale racion doble de pensó..... Es un lujo..... ya lo sé, pero no se casa uno todos los dias.

FABRICIO.

(*Turbado.*) Y además, el pobre animal ha ganado bien los dos piosos..... porque debe haber ido de prisa. Apenas te has marchado y ya estás de vuelta.

EL DOCTOR.

Eso te disgusta?

FABRICIO.

De ningun modo. Mereces ser feliz, querido Doctor.

EL DOCTOR.

Con qué tono tan triste me lo dices. Sientes tal vez que me case?

ACTO SEGUNDO.

FABRICIO.

Yo? Puedes imaginarlo?... Pero, y tu enfermo, el viejo inválido, no me hablas de él?

EL DOCTOR.

Al contrario, tengo que hablarte, porque mientras yo le hacia la cura me ha contado una historia terrible, y que te interesará á ti, que tomas tanta parte en todo lo que se relaciona con esa abominable guerra que hacen á nuestros pobres calvinistas los soldados de Luis XIV. Se trata de un joven oficial francés, de un cierto Conde de Rollecourt, que servia en el ejército real.

FABRICIO.

Sí, sí; conozco ese triste suceso. El Conde fué sentenciado á muerte por ultraje á su coronel, y fusilado al dia siguiente.

EL DOCTOR.

Eso es lo que todo el mundo ha creído, pero no hay tal cosa. El coronel le salvó la vida, y el Conde existe todavía.

FABRICIO.

Imposible! Las balas de nuestros soldados, cuando la justicia militar las dirige, no respetan ni á sus hermanos de armas.

EL DOCTOR.

Así es, cuando las balas están dentro de los fusiles..... pero cuando no están.....

FABRICIO.

Qué quieres decir?

EL DOCTOR.

Que el bravo coronel, amigo del Conde, obtuvo del sargento encargado de la ejecucion, que extrajese las balas de los cartuchos al dárselos á los soldados. Todo esto sucedió por la noche, al borde de un torrente. En el momento de hacer fuego, el cuerpo del Conde cayó y desapareció en las aguas del torrente. Todos le creyeron muerto, pero apenas se alejaron los soldados, el coronel corrió hácia su amigo y le obligó á huir.

FABRICIO.

Y si eso es verdad, cómo se ha descubierto la noble abnegacion del coronel?

EL DOCTOR.

Por un miserable, uno de los soldados del piquete. Ha denunciado á su coronel, al cual van á formar consejo de guerra, cuyo fallo será condenarle á que muera en lugar de aquel á quien salvó.

FABRICIO.

Qué escucho!.... pero no..... eso no sucederá.....

EL DOCTOR.

Dios lo quiera! Y si el Conde tuviese corazon.....

FABRICIO.

Lo tiene, Antonio, lo tiene, y no dejará perecer á su amigo, á su salvador.

EL DOCTOR.

(*Con viveza.*) Cómo lo sabes?

FABRICIO.

No es un oficial? No es un noble?

EL DOCTOR.

Dices bien. Pero esta historia me ha conmovido tanto..... que me ha hecho olvidarme hasta de mi novia..... Y á propósito, serás mi padrino de boda..... ese cargo te corresponde de derecho, y mañana.....

FABRICIO.

Imposible, Doctor, tengo que ausentarme esta misma noche.

EL DOCTOR.

Cómo?

FABRICIO.

(*Turbado.*) Sí, un viaje precipitado que debo hacer..... Los padres Benedictinos, mis primeros protectores, me han mandado llamar con mucha urgencia.

EL DOCTOR.

Para encargarte algun otro santo para su convento? Vaya! vaya! el santo puede esperar, y yo no. Partirás despues de mi boda.

FABRICIO.

No; debo alejarme sin perder un instante..... Es preciso.....

EL DOCTOR.

Pues bien, sea..... te esperaremos.

FABRICIO.

No, no; no me esperes..... (*Con sentimiento.*) Se retrasaría tal vez mucho tu matrimonio. Ea! adios! querido Doctor!..... Abrázame. Tú has sido mi único amigo desde que habito este pais; mi corazon no te olvidará jamás.

EL DOCTOR.

(*Abrazándole.*) Oh! ni el mio!

FABRICIO.

(*Abrazándole.*) Adios, adios otra vez..... y piensa en mí! (*Sale precipitadamente y en la mayor agitacion.*)

EL DOCTOR.

(*Viéndole salir.*) Es extraño! Nunca me ha dicho adios de esa manera..... No sé por qué siento lleno de tristeza mi corazon.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA XI.

EL DOCTOR, LUCIA.

Música.

LUCÍA.

Os hallo al fin! Gracias á Dios!
 Con mi mision yo cumplí ya.
 Eso, Doctor, os probará
 si me intereso ó no por vos.

EL DOCTOR.

Hablásteis ya con Margarita?
 Qué ha resuelto?

LUCÍA.

Ella necesita
 que haya quien, á fuerza de rogar,
 la decida á ir al altar.

Pero un testimonio
 sobre el matrimonio

tan bueno le di,
 que le dije así:

El matrimonio, hija mia,
 zarzuela es de relumbron,
 en que siempre la sinfonía
 es un solo de violon.
 Viene despues un duo largo,
 muy agradable, sin embargo;
 mas si el marido no es discreto,
 el duo al fin se hace terceto,
 Luego despues, lo malo es

lo fatal,

que alguno desafina de los tres:

y el final

es una grita general.

Yo, Margarita, te aconsejo
 que tu mano des al Doctor.
 Es algo raro, un poco viejo,
 y de un génio muy gruñon
 y regañon.

Mas por lo mismo que es maduro,
 es un marido muy seguro:

y esa es prenda de valor
cuando no hay otra mejor;
y si al fin os va mal,
lo mejor
es tirar por su lado cada cual.
En amor
esto es ya cosa natural.

Hablado.

EL DOCTOR.

Singular manera de alabar á las gentes. Si es así como le habeis hecho mi elogio.....

LUCÍA.

Sois un ingrato, Doctor. La he dicho lo que debia decirle. La preparo para que se case con vos. Pero creedme, no perdaís el tiempo..... Os ofrezco los consejos de mi experiencia..... de mi práctica (*bajando los ojos*), aunque ya he olvidado algo.....

EL DOCTOR.

Tan pronto?

LUCÍA.

Ya van dos años.....

EL DOCTOR.

Es verdad. (*Aparte.*) Las viudas son cortas de memoria. (*Alto.*) Ea! venid, vecina..... sereis mi guía, mi maestro de ceremonias (*aparte*), y una vez casado, *si te vi no me acuerdo*. Es el único medio de conservar la paz en mi matrimonio. (*Alto y ofreciéndota el brazo.*) Cuando gustéis, vecina.

LUCÍA.

(*Tomando el brazo y saliendo con él.*) Estoy á vuestras órdenes.

(*Empieza á venir la noche. La luna se eleva poco á poco por encima de los árboles del jardín, y alumbra fantásticamente las ruinas, apareciendo y desapareciendo entre el follaje.*)

ESCENA XII.

MARGARITA *por el foro.*

Música final.

MARGARITA.

Todo en torno reposa en calma,
ni un rumor aquí se oye ya;
cual el mundo, triste mi alma
y en sombrío dolor está.

ACTO SEGUNDO.

En mitad de la noche callada
mi razon turbó un ensueño;
de mi perdido, hermoso dueño,
ví aparecer la sombra amada.

(*Escuchando.*)

Un suspiro escuchar en la calma he creído....
No, tal vez la brisa ha sido.

A Dios rogaré
que paz á mi alma dé.

(*Se arrodilla sobre una de las gradas de la capilla, apoyándose sobre el pilar.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA *en oracion.* FABRICIO, *entrando vestido con uniforme de oficial.*

FABRICIO.

Hay que partir!.... Adversa suerte!
Así me lo manda el honor.
Mi deber es librar de la muerte
á mi generoso salvador.

MARGARITA. (*Orando.*)

Piedad, Señor, de él; piedad, Señor, de mí!

FABRICIO. (*Deteniéndose al ir á salir.*)

Alguien habló por aquí.....

(*Viendo á Margarita á la claridad de la luna.*)

Margarita!.... Oh! rigor de mi suerte!
Pobre niña, á quien hoy mi muerte
hará tan desgraciada; por qué te conocí?
Descubrir tu pasion y volver á perderte,
es un cruel martirio para mí.

(*La luz de la luna se ha retirado de la capilla, é ilumina ahora de lleno la figura de Fabricio.*)

MARGARITA. (*Que se ha levantado durante el canto de Fabricio, dando un grito al verle.*)

Cielos! él!

FABRICIO.

Ah! me vió aquí!

MARGARITA. (*Bajando las gradas y como en éxtasis.*)

Sombra adorada! vienes del cielo
á dar á mi dolor consuelo?

(*Tomando por la mano á Fabricio.*)

Es él? Me engañaré quizá?

FABRICIO.

No me detengas ya.

MARGARITA. (*Con delirio y estrechándose á él.*)

Es él!... Su voz!... su trage militar!...

Es él! que viene mi afán á calmar.

(*Poniendo su mano sobre el corazón de Fabricio.*)

Vive! vive! Gracias, oh Señor!

Por fin le vuelves á mi amor!

Hablado.

(*Música en la orquesta.*) Y yo pude dudar que fuera él!... Piedad!
perdon!... Señor.... Yo os amo!... Yo muero!... (*Cae desmayada.*)

FABRICIO.

Margarita, Margarita mia.... Cómo partir y dejarla así? Apenas me queda una hora para llegar á la frontera.... Qué hacer?.... Socorro! Ya vienen. Partamos! Ah! Mi vida y mi alma se quedan aquí!...

Fabricio sale precipitadamente y en la mayor agitacion, haciendo, al llegar á la puerta, un ademán de dolorosa despedida á Margarita.



FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una habitacion de la casa de Lucia.—Ricas porcelanas sobre las consolas.—Utensilios de casa limpios y brillantes; vasos rústicos con flores.—Al foro, puerta que da al campo.—A la izquierda del actor el dormitorio de Lucia, al que se sube por unos cuantos escalones.—A la derecha una puerta.—Frente al espectador un reló de pared con caja de madera. Las manecillas de este reló deben ir poco á poco adelantando al recorrer la esfera del horario.

ESCENA I.

MARGARITA y LUCIA.

(Al levantarse el telon, Margarita, pálida y abatida, está sentada en una poltrona al lado de una mesa; Lucia está sentada á su lado estrechándola entre sus brazos.)

Música.

MARGARITA.

Cuán grato es cuando sufrimos
poder hallar un corazon.

LUCIA.

Al que decir nuestro martirio,
con quien partir nuestro dolor.

MARGARITA.

Cuando sufrir era mi suerte,
mi porvenir el padecer.

LUCIA.

A tu dolor yo di consuelo,
yo te infundi valor y fé.

MARGARITA.

Cuando sufrir era mi suerte,
mi porvenir el padecer.

LUCIA.

A tu dolor yo di consuelo,
yo te infundi valor y fé.

MARGARITA.

De la amistad el dulce acento,
baisamo es en la aficcion.

LUCÍA.

Todo pesar que abruma un alma,
es la mitad partido en dos.

MARGARITA.

Mútua será nuestra alegría,
nuestro dolor mútuo será.

LUCÍA.

Santa amistad, tu grato influjo
trueca en placer hasta el pesar.

MARGARITA.

Mútua será nuestra alegría,
nuestro dolor mútuo será.

LUCÍA.

Santa amistad, tu grato influjo
trueca en placer hasta el pesar.

Hablado.

EL DOCTOR.

(Fuera.) Soy yo, el Doctor....

MARGARITA.

Mi padrino!.... Ah, señora Lucía! despues de lo que sabeis..... no me atreveria á verle en este momento.

LUCÍA.

(Conduciéndola hácia la escalera de la habitacion,) Bien, bien, hija mia..... déjame á mí, yo lo arreglaré todo; tranquilízate; entra en mi cuarto..... pero cuidado con otro acceso como el de la noche pasada.

(Margarita entra en la habitacion de Lucía.)

ESCENA II.

EL DOCTOR y LUCIA.

EL DOCTOR.

(Entreabriendo la puerta, y asomando la cabeza.) No hay nadie aquí?

LUCÍA.

(Colocándose ante la puerta, para impedir la entrada al Doctor.) Silencio!

EL DOCTOR.

La enferma?....

LUCÍA.

Agitada.

EL DOCTOR.

La cabeza?

LUCÍA.

Muy débil.

EL DOCTOR.

El pulso?

LUCÍA.

Muy fuerte.

EL DOCTOR.

La noche?

LUCÍA.

Mala.

EL DOCTOR.

El día?

LUCÍA.

Mejor.

EL DOCTOR.

Pero, señora, yo no puedo seguir esta consulta por el quicio de la puerta.

LUCÍA.

Es cierto.... entrad.

EL DOCTOR.

(Obedeciendo.) Entro como médico y como novio.

LUCÍA.

En cuanto á lo de novio.... ya hablaremos mas tarde.... Por lo que respecta al médico, tengo que hablarle.

EL DOCTOR.

Os escucho.

LUCÍA.

Es una observacion que he hecho.... una coincidencia estraña que he notado. Siempre que suena el timbre de ese reló.... la pobre Margarita cree que marca la media noche, y se siente acometida de una violenta crisis, como si aquella hora despertase en su alma algun dolor profundo, algun recuerdo terrible.

EL DOCTOR.

Ya calmaremos todo eso; y para principiar (*riendo*), vamos á hacer medicina de relojero.

LUCÍA.

(Admirada.) De relojero?

EL DOCTOR.

(Señalando al reloj.) Cortando la palabra á este hablador. (*Abriendo el reloj y deteniéndolo.*) Ajajá.... Ya señala las doce, el medio día, un medio día perpétuo.

LUCÍA.

(Sonriendo.) O la media noche, Doctor; eso va en gustos. Vaya una hora particular.... tiene dos caras.... segun las circunstancias.

EL DOCTOR.

Cómo muchas personas que vos y yo conocemos.

Música.

EL DOCTOR.

El medio día es el momento
en que se ve radiante el sol;
su luz en el mundo derrama el contento,
todo bendice al Creador.

Allá, en la ciudad, van los hombres
tras la fortuna ó el azar;
todos buscan con varios nombres
de la dicha el sueño fugaz.

El día pasó,
la noche llegó.
Hora bendecida,
de grata ilusion.
El día es la vida,
la noche el amor.

La media noche es el instante
en que palpita el corazón,
en que la amada y el amante
ambos se juran eterno amor.

De la noche al dulce embeleso
la niña suele con rubor
otorgar á su amante el beso
que de día le rehusó.

Hora bendecida,
de grata ilusion.
El día es la vida,
la noche el amor.

Hablado.

LUCÍA.

(Señalando al reloj.) Es una buena precaucion, Doctor, y una emocion
menos para la pobre Margarita, que demasiadas tiene hace tres dias.

EL DOCTOR.

Eso no vale nada..... El marido la devotará la alegría, y el médico
la salud.

LUCÍA.

El médico..... no digo que no..... pero el marido.....

ACTO TERCERO.

EL DOCTOR.

Qué?.....

LUCÍA.

(*Confidencialmente y vacilando.*) Es que Margarita durante su fiebre..... vamos..... ha pronunciado palabras..... ha dicho ciertas cosas.....

EL DOCTOR.

Acabad.

LUCÍA.

Ciertas cosas..... que os contrariarían..... si yo os las repitiese.....

EL DOCTOR.

(*Riendo, aparte.*) Entonces ya estoy tranquilo; de seguro me las dice. (*Alto.*) Vamos..... de qué se trata?

LUCÍA.

Pues bien, Margarita hablaba de vos..... de vos..... y de otro.

EL DOCTOR.

(*Conmovido.*) De otro!

LUCÍA.

De otro á quien ama..... y de vos á quien no ama.

EL DOCTOR.

Y ese otro quién es? (*Viendo á Lucia vacilar.*) Hablad..... Su nombre.

LUCÍA.

Pues bien, es..... el señor Fabricio.

EL DOCTOR.

(*Con dolor.*) Fabricio! mi único amigo en este mundo, casi un hermano para mí. Yo amaba á Juana, es verdad, pero mi amor ha nacido ayer; mientras que Fabricio..... me ha engañado..... me ha vendido..... él, por quien yo hubiera dado mi sangre, mi vida. Ah! eso es indigno..... es infame!

LUCÍA.

El señor Fabricio no os ha engañado, Doctor. El señor Fabricio es un noble, el dueño de los dominios en que habitaba Margarita, y al que ella amaba en secreto hacia mucho tiempo; el señor Fabricio es el conde de Rollecourt!

EL DOCTOR.

(*Asombrado.*) El Conde de Rollecourt!..... él!..... Fabricio! Pero entonces ha muerto! Le han matado, señora!

LUCÍA.

(*Con espanto.*) A Fabricio!

EL DOCTOR.

Si..... le han matado..... le han fusilado..... en vez de su coronel que le había salvado la vida.

LUCÍA.

Gran Dios!

EL DOCTOR.

Tres dias ausente!.... Es mas del tiempo necesario!.... (*Solozando.*)
Fabricio!.... mi pobre Fabricio!....

LUCÍA.

Doctor..... Doctor..... por piedad..... decidme..... esplicadme.....

EL DOCTOR.

(*Prosiguiendo sin escucharla.*) Y yo no le detuve..... y yo le dejé
partir! Aquel adios que me daba..... era el último! y me abrazaba por
última vez!

LUCÍA.

No, no, es imposible!

EL DOCTOR.

Imposible, decís! Pero si viviera todavía, estaria aqui..... entre
nosotros!

(*Se abre la puerta, y aparece en ella Fabricio.*)

EL DOCTOR.

(*Al verle, dando un grito de alegría.*) Fabricio! Fabricio mio!

ESCENA III.

DICHOS, FABRICIO *pálido y conmovido.*

FABRICIO.

Antonio! (*Estrechándole entre sus brazos.*)

EL DOCTOR.

(*Casi sin poder hablar.*) Eres tú?... Tú, de vuelta?... Casi me atrevo
à creerlo!... Te han perdonado?...

FABRICIO.

(*Con acento conmovido.*) Puesto que estoy aquí..... en medio de
vosotros.....

EL DOCTOR.

Es verdad..... pero si me parece un sueño tanta ventura!

FABRICIO.

Querido Antonio!

LUCÍA.

(*A Fabricio.*) Y ni una palabra, ni una mirada para mí!

FABRICIO.

(*Dándole la mano.*) Perdonadme, Lucía..... ha sido efecto de mi tur-
bacion..... Cómo no he de sentir placer al veros á vos, que siempre
habeis sido tan buena para mí?

ACTO TERCERO.

LUCÍA.

Si.... buena.... y mejor de lo que pensais.....

FABRICIO.

(*Con emoción.*) Y Margarita?... nuestra querida Margarita?

EL DOCTOR.

Tu querida Margarita querrás decir, porque ya lo sabemos todo... señor Conde.

FABRICIO.

Cómo?... Margarita os ha dicho?...

EL DOCTOR.

Bien á pesar suyo, pero todo lo sé.... todo lo he descubierto.... El secreto amor de Margarita hácia su joven señor....

FABRICIO.

(*Vivamente.*) Antonio, te juro que lo ignoraba.

EL DOCTOR.

Lo dudo yo acaso?

FABRICIO.

Pues bien, amigos míos, no quiero engañaros.... aquella ternura tan noble.... tan conmovedora que la pobre niña creía guardarme mas allá del sepulcro, ha despertado mi cariño, y hoy la amo como si la hubiera amado toda la vida. Antonio, perdón por robarte la dicha que esperabas.

EL DOCTOR.

No te corresponde de derecho? No eres tú el primer amor de Margarita. Aún me queda en un rincón del corazón algo de pesar.... de tristeza.... pero puesto que te has salvado y podré verte.... eso me consuela de todo.

FABRICIO.

Gracias, querido Antonio. Margarita será mi esposa! Lo he jurado! Pero es preciso que nuestro enlace tenga lugar hoy mismo.... al instante.

EL DOCTOR.

Al instante? Estás loco? un cambio tan brusco de novios.... un Conde en lugar de un médico.... nadie en el pueblo comprendería....

FABRICIO.

(*Con emoción.*) Ya lo comprenderán mas tarde. Nuestra unión no puede dilatarse.... de otro modo llegaría á ser difícil, imposible tal vez.... En fin, va en ello mi porvenir y el de Margarita.

EL DOCTOR.

Desde el momento que me hablas así.... ya no vacilo.

LUCÍA.

Afortunadamente todo está ya preparado allí.... en mi dormitorio.... la corona, el velo y el traje de desposada.

EL DOCTOR.

Corro á avisar al cura, al mejor cura del mundo, á quien yo curo, ó mejor dicho á quien no curo la gota. Es gran amigo mio, y además se encuentra siempre dispuesto á hacer la felicidad de sus feligreses. El buen señor tiene miedo de que sean dichosos sin él.

FABRICIO.

Gracias, querido Antonio, gracias.

EL DOCTOR.

Voy á poner en movimiento á todo el mundo, á los monagos, al sacristan, al campanero y sus campanas..... Cuando las oigais repicar..... conducid á la iglesia á Margarita. (*Saliendo.*) Qué linda Condesa va á ser!

LUCÍA.

Id, señor Antonio, id. (*A Fabricio.*) Aguardadme aqui algunos instantes, señor Fabricio, voy á traerlos á vuestra futura.....

(*Entra en la habitacion de Margarita.*)

ESCENA IV.

FABRICIO.

(*Solo, y cayendo con desfallecimiento sobre un sitial.*) Ah! no puedo mas..... se han agotado mis fuerzas y mi valor..... Pobres amigos, me sonrien cuando tienen detrozada el alma! Y yo les oculto mi horrible secreto! Dentro de poco todo habrá acabado para mí. Mis jueces han confiado en la palabra de quien se denunció él mismo; me han concedido tres horas de libertad para venir á cumplir un sagrado y piadoso deber..... despues de lo cual iré á entregarles mi vida en rescate de la de mi generoso salvador. (*Acercándose conmovido á la mesa.*) «Adorada Margarita, que este postrer escrito, que este testamento de mi corazon llegue á tus manos despues de mi muerte.»

(*Escribiendo.*)

Música.

FABRICIO.

«Ante Dios que me escucha, al dejar esta vida
lego á mi Margarita querida
cuyo amor es mi solo bien,
mi nombre y toda mi fortuna,
mi rango y títulos tambien.....»
Yo no puedo acabar..... En tan horrible lucha
desfallecer me siento ya.....
En este último adios mi vida entera va.

ACTO TERCERO.

Pobre ángel, en cuya vida
 nunca el placer llegó á brillar.
 Cuando mi alma, á la tuya unida,
 dicha y amor brindaba ya,
 una cruel fortuna impía
 viene á separarme de tí:
 no tengo, ay Dios, ni un solo día
 para poderte ver feliz.

Cual la flor que en plácida calma
 la vida recibe del sol,
 á mi amor se abría tu alma,
 y tu sol era mi amor.

Una cruel fortuna impía
 viene á separarme de tí:
 no tengo, ay Dios! ni un solo día
 para poderte ver feliz.

(Va para tomar su testamento.)

ESCENA V.

FABRICIO y MARGARITA. (Conducida por Lucia.)

LUCÍA, MARGARITA.

Sí, mi querida Margarita, sí, es la dicha que te anuncio.

MARGARITA. (Sin ver á Fabricio, que se mantiene apartado.)

La dicha?....

LUCÍA. (Con hesitacion.)

En este mundo, hija mia, no es una siempre desgraciada..... hay buenos y malos dias..... y..... alguna vez, cuando menos se espera, lo que mas se deseaba.....

MARGARITA.

Pero no anhelo nada mas en este mundo..... todos mis deseos se han realizado..... le he vuelto á ver..... era él..... él..... Esta vez no he soñado..... le he hablado, le he dicho..... (ocultándose el rostro entre sus manos.) Oh! Dios mio!.... le he dicho.....

FABRICIO (que se ha acercado poco á poco á Margarita y poniéndose á sus piés.)

«Os amo.»

MARGARITA.

Ah! Vos, vos, monseñor?....

FABRICIO.

Ya no soy tu señor, tu amo, Margarita, soy algo mejor que eso para ti; soy tu amante..... tu esposo!....

MARGARITA.

Vos, señor Conde!.... casaros con una joven desgraciada y de tan baja condicion!

FABRICIO.

Esta pobre joven me ha amado como no se ama en este mundo.... me ha amado sin esperanza.... sin porvenir..... (*Con dolor.*) Ah! querida Margarita.... no sabes cuán amargo padecimiento puedes aminorar hoy..... de seguro, el don de mi mano no rescatará nunca tus dolores y tus lágrimas.

MARGARITA. (*Con expansion.*)

Es verdad..... me amais?... no os engañais?....

FABRICIO. (*Poniendo la mano de Margarita sobre su corazón.*)

Mira!.... ahí tienes quien contesta mejor que yo.

LUCÍA.

Sí, Margarita, ese magnífico sueño va á realizarse.... dentro de algunos instantes estareis unidos para siempre.... serás gran señora..... Condesa. (*Aparte.*) Ah! qué bien me hubiera sentado.....

MARGARITA. (*Con timidez.*)

Y mi padrino..... el Doctor?....

LUCÍA.

Tu padrino?... siempre será tu padrino..... consiente á todo.... él es el que se ha encargado de organizar la ceremonia.

Música.

LUCÍA.

Vestíos ya sin dilacion.

A la novia solo se espera;

en tan grata ocupacion

yo os serviré de camarera.

FABRICIO. (*A Margarita.*)

Pero por qué con tal rubor

los ojos apartais?

MARGARITA.

Perdon, yo todavia

tiemblo al miraros, monseñor.

FABRICIO.

No es toda tuya el alma mia?

ACTO TERCERO.

MARGARITA.

Mi ventura es tal hoy, que ya
miedo me dá.

FABRICIO.

Qué escuché! gran Dios! ¿Mi secreto sabrá?

LUCÍA. (*A Margarita.*)

Sed concisa
que tiene el novio mucha prisa.
Vestios ya sin dilacion.
A la novia solo se espera, etc.

MARGARITA.

Gozoso ya mi corazon
el venturoso instante espera,
en que mi feliz pasion
logre al fin dicha entera.

FABRICIO.

Gozoso ya mi corazon
el venturoso instante espera;
hoy por fin mi feliz pasion
va á lograr su ilusion entera.

LUCÍA.

Sentaos pues, á vuestra frente
yo por mi mano ceñiré
la corona de desposada,
y el velo, símbolo de vuestra pura fé.

FABRICIO.

Son tus ojos el sol que ilumina mi vida,
y vivir sin su luz no sé.

LUCÍA.

Dispuesta ya
la novia está.

FABRICIO.

Margarita, prenda querida!

LUCÍA.

Sujetad el corazon,
y dejad que acabe mi mision.

FABRICIO.

Cuán bella así está!

ACTO TERCERO.

5)

LUCÍA.

El ramo cándido y sencillo
de flor de azahar, su seno adornará.
Recibid también el anillo,
que la novia al novio da,

MARGARITA. (*Cambiando su anillo con el de Fabricio.*)

El mío tomad.

FABRICIO.

Toma tú el mío.
Que no te abandone jamás.
En esta vida y en la otra
Siempre unida á mí estarás.
Ah cuánto tarda la anhelada hora
y la señal de nuestra union.

LUCÍA.

Tened un poco de paciencia.
Escuchad, ya sonó
Ya el instante llegó.

(*Se oye dentro una campana.*)

Ya se oye al fin
el retintin
que lanza ufana
la campana.
Todo en la iglesia listo está;
corramos pues allá.

LOS TRES.

Ya se oye al fin
el retintin, etc.

FABRICIO.

De mi brazo á la iglesia ven,
mi dulce bien.

MARGARITA.

Ah! qué placer,
hoy suya voy á ser.

LOS TRES.

Ya se oye al fin, etc.

(*Sale Fabricio llevándose á Margarita de la mano y la sigue Lucia.*)

ESCENA VI.

Hablado.

(*Apenas han salido por la puerta del fondo, aparece el Doctor en la puerta lateral, pálido, conmovido, adelanta, y va á caer desfallecido sobre un sitial.*)

EL DOCTOR.

No; ha engañado!.... lo sé todo! Fabricio está perdido!.... perdido! El sargento que le acompaña me lo ha referido con lágrimas en los ojos. Su turbacion..... su tristeza..... ese precipitado matrimonio..... Ahora lo comprendo todo. Dentro de poco volverá allá..... allá, en donde le espera la muerte. (*Sollozando.*) No volverle á ver, Dios mio! Cuando ya creía haberle recobrado para siempre!

Música.

EL DOCTOR.

No tenia mas que un amigo,
mi pobre Fabricio, ay de mí!
y tal vez una bala, á estas horas
habrá á su vida puesto fin.

Piedad, Señor, de un suplicio!....
hermano mio, oye mi voz.....
Fabricio!.... Fabricio!....
morir por ti deseó yo.

Cariño fraternal, consuelo de mi alma,
adios, adios, tierna amistad,
ya no tendré quien conmigo parta
el placer ó la adversidad.

Piedad, Señor, de un suplicio!....
hermano mio, oye mi voz.....
Fabricio!.... Fabricio!....
morir por ti deseo yo.

Hablado.

No, no; eso no sucederá..... no puede suceder..... Pero si parte..... si nos abandona á pesar de mis esfuerzos.....; y le conozco..... partirá..... Pues bien, aun cuando tenga yo que arrojarme en medio de las balas..... Aquí viene Margarita.....

ESCENA VII.

EL DOCTOR, MARGARITA y LUCIA.

LUCIA. (*Deteniéndola en la puerta.*)

Esperadme aquí, Margarita. Voy á disponerlo todo, y vuelvo en seguida. (*Vase.*)

MARGARITA.

Como! padrino, me abandonais? Me dejais casarme sin vos? Ah! bien veo que todavía me guardais rencor!

EL DOCTOR. (*Haciendo un esfuerzo.*)

Perdóname, hija mia, si no he podido asistir..... Una ocupacion grave..... Pero, por qué no te acompaña Fabricio?

MARGARITA.

Se separó de nosotros al salir de la iglesia para ir á casa del escribano..... me dijo que tenia que entregarle una escritura.....

EL DOCTOR. (*Aparte.*)

Ya no hay duda! Ha partido..... partido!.... Sin tener valor para volver á verla..... Ah! eso es lo que temia..... No importa! le buscaré..... le seguiré..... no me separaré de él.

MARGARITA. (*Deteniéndole.*)

Pero, qué teneis, padrino? Estais conmovido, turbado!.... Algun enfermo tal vez de peligro?

EL DOCTOR.

Sí..... sí..... muy de peligro..... Oh! pero á ese..... Yo salvaré su vida aun á costa de la mia. (*Saliendo vivamente por la puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA y luego FABRICIO.

Música.

(*El ritornelo del trio empieza y continúa mientras Margarita y Fabricio dicen lo que sigue.*)

MARGARITA. (*Sola.*)

Debería ser feliz..... y no sé qué triste presentimiento me oprime el corazon..... Estoy tan poco acostumbrada á la felicidad!.....

FABRICIO. (*Entrando, y mirando aparte el reloj de la habitacion.*)

Las doce!..... No son mas que las doce! Todavía me quedan dos horas antes de partir..... Mis últimas horas de ternura en este mundo!

ACTO TERCERO.

FABRICIO. (*A Margarita con pasión.*)

Cielos! bien mio! tú aquí?
Ven á mis brazos, esposa mia.

MARGARITA. (*Mirándole con sorpresa.*)

Fabricio, lloras, dí?

FABRICIO.

Es llanto de alegría.

MARGARITA.

Dios al fin se apiadó de mí.

FABRICIO.

Pensaste mucho en mí?

MARGARITA.

Tal duda es un agravio.

FABRICIO.

No, pero oirlo de tu labio
es mi placer, mi afan mayor.
La dicha es sombra leve;
por si mi vida es breve
quiero embriagarme con tu amor.

MARGARITA.

Pasó ya del dolor la hora;
hoy te trae á mis brazos Dios:
desde hoy comienza una aurora
de dicha, de paz y de amor.

FABRICIO.

Un porvenir feliz, Margarita,
Dios te concederá.

MARGARITA. (*Con ternura.*)

No los quiero sin ti,
sin ti, á quien el alma di.

LOS DOS.

Pasó ya del dolor la hora, etc.

MARGARITA. (*Apoyándose en el brazo de Fabricio.*)

Siempre así..... siempre así..... Tu gozo y tus dolores
contigo compartir..... Oh placer sin igual;
llorar contigo cuando llores,
y ser feliz con tu felicidad!....

FABRICIO. (*A parte y con dolor.*)

Dicha fugaz, engañadora.

(*Señalando á Margarita.*)

Por vez postrera oigo su voz.

MARGARITA.

Desde hoy comienza una aurora
de dicha, de paz y de amor.

(*El reló del pueblo da las tres.*)

FABRICIO.

Qué escucho! Oh Dios! Qué hora ha dado?
las tres!.... Luego está parado.
ese reló (*por el de la habitacion*) y he faltado á mi fé.
No, no será..... de cualquier modo
debo partir..... y partiré.

(*Va á salir. Margarita le detiene.*)

MARGARITA.

A dónde vas, Fabricio?

ESCENA IX.

DICHOS, LUCIA.

LUCIA. (*Muy turbada aparece á la puerta de la derecha.*)

Yo os lo revelaré.

El Doctor me lo ha dicho todo.

A cumplir Fabricio va, sin vacilar,

la ley del honor militar;

si de aquí le dejais partir

correrá á morir.

MARGARITA. (*Corriendo á la puerta del fondo oponiéndose con energia á que salga.*)

Morir! Morir tú! Fiera suerte

volver otra vez á perderte!....

No, no saldrás de aquí.

ó pasarás primero sobre mí.

LUCIA.

El ante Dios su mano y fé te dió,

y no puede disponer de su vida.

Señor, Señor, si lo salvas, rendida

tu bondad bendeciré yo.

MARGARITA.

Ah! si tú mueres, yo

voy á morir, pues tu vida es mi vida.

Defenderé mi prenda mas querida;

daré mi vida, mas la suya no.

ACTO TERCERO.

FABRICIO.

Si ante Dios mi mano le di yo
y no puedo disponer de mi vida,
pero no habrá quien salvar me impida
á quien á mí me salvó.

FABRICIO.

Yo le di mi palabra, mi palabra de honor.

LUCÍA.

Pero ved que si os vais la matará el dolor.

FABRICIO.

Y él por mí morirá!....

No, no, corro allá.

LUCÍA.

El ante Dios su mano y fé te dió, etc.

MARGARITA.

Ah! si tú mueres, yo, etc.

FABRICIO.

Si ante Dios mi mano le di yo. etc.

(Fabricio aparta con precipitacion á Margarita, que vá á caer abatida en los brazos de Lucia, y corre hácia la puerta del fondo la que se abre con violencia apareciendo el Doctor fuera de si, sus prendas de vestir en desorden y con muy violenta agitacion.)

ESCENA X Y ULTIMA.

DICHOS, EL DOCTOR.

*Hablado.*EL DOCTOR. *(A Fabricio, casi sin aliento.)*

Gracias á Dios! Al fin te encuentro!.... Creí que habias partido y estabas lejos de aquí.... monto sobre la Tordilla, corro á ver si te alcanzo. En la falda de la montaña.... encuentro un ginete por tierra, el hombre á un lado.... el caballo á otro....., el hombre estaba desmayado. Saco mi lanceta. Pif!.... Abre los ojos.... Dónde vais?—A San Remy.—A qué?—A llevar un despacho.—Bueno?—Escelente.—Me arrojo sobre él, grita, se defiende, estraigo el papel de su bolsillo..... leo tu nombre..... Subo sobre la Tordilla. Zis..... zas! Dos espolazos.... Pobre animal! Llego, y..... aquí estoy. *(Dándole el despacho.)* Toma, toma y lee.

MARGARITA. *(Cogiendo el papel, y leyendo.)*

«Gracia completa al Conde de Rollecourt y á su amigo.»

LUCÍA. (*Leyendo por encima del hombro de Margarita.*)

«La ley calla ante semejantes rasgos de abnegacion.—Firmado.—El Mariscal de Villars.»

FABRICIO.

Doctor!

MARGARITA.

Padrino mio!

FABRICIO.

Mi Margarita!

EL DOCTOR. (*A Fabricio.*)

Por fin tú estás salvado..... pero la Tordilla tendrá una fluxion de pecho..... Hoy ha galopado por la primera vez de su vida!

LUCÍA. (*Estendiendo su mano al Doctor.*)

Doctor, sois un escelente hombre.

EL DOCTOR.

Mucho tiempo habeis tardado en conocerlo.

Música final.

EL DOCTOR.

Si hoy la campana ya
vuestra ventura hizo,
muy pronto sonará
anunciando un bautizo.

LUCÍA.

Y vuelta á principiar
entonces la cancion.

EL DOCTOR.

Del repicar
al grato son.

LOS CUATRO.

Ya se oye al fin
el retintin
que lanza ufana
la campana, etc.

FIN DEL ACTO TERCERO.



